



manuel olimón nolasco

historiador

CATEDRALES MEXICANAS: PIEDRAS Y LUCES DE LA FE

I.- LA CATEDRAL PRIMADA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco

1.- ¿Por qué algunos templos se llaman catedrales?

Ni el tamaño, ni la antigüedad, ni la nobleza de la construcción le dan a un templo cristiano el título de catedral. Este título le viene del hecho de ser el punto de referencia concreto de un obispo; ahí, desde una cátedra, que gracias al Concilio Vaticano II no debe tener forma de trono, el obispo ejerce su magisterio de la palabra, que junto al cuidadoso seguimiento pastoral de la grey que no le pertenece sino que la cuida en nombre del verdadero Pastor de los pastores, Jesucristo, y la entrega de los sacramentos, integra su ministerio. La tradición más pura de la Iglesia da al obispo la oportunidad de proponer e ilustrar desde ese lugar a los fieles en las verdades de la fe, alentarlos a vivir conforme a ellas en medio de un mundo tal vez hostil y santificarlos por medio de los tesoros que guarda en su corazón, entre los que destacan, además del bautismo y la Eucaristía, el sacramento de la confirmación y las ordenaciones sacerdotales, éstas últimas confiadas sólo a los obispos en cuanto sucesores de los Apóstoles.

Por consiguiente, la humildad de las catedrales de Sisoguichi en la Sierra Tarahumara, de Jesús María en El Nayar o de alguna diócesis brasileña del Mato Grosso o de África Ecuatorial, no las hace de menor dignidad que a las magníficas de París, Toledo, México, Puebla o la misma catedral del obispo de Roma, San Juan de Letrán, que ostenta a su entrada el título: "Madre y cabeza de todas las Iglesias".

Con esa convicción que quiero compartir, les hago una invitación para que a lo largo de este 2018, visitemos algunas catedrales mexicanas para hacerles que nos digan algo que aliente nuestro paso por la tierra, que vincule nuestra fe con la de quienes las levantaron y le dieron vida y luz a sus piedras.

2.- La Catedral primada de la Ciudad de México.

Un estudio escrito con sabiduría y cariño del padre Alfonso Méndez Plancarte en 1952 sobre Sor Juana Inés de la Cruz, da cuenta de composiciones poéticas de esa inspirada mujer que fueron hechas para la Catedral de México y al introducirnos en ese caudal de belleza, nos convocó a percibir la luminosidad que surgía de dentro de ese templo insigne que parecía, con sus oros y sus piedras, acompañar la oración, la liturgia y el canto. Vio con ojos amorosos a la catedral "iluminada y canora" e invitó a trascender la figura de hoy, quizá oscura y a hacernos presentes en los días que se gozaron los poemas sorjuanescos entrelazados a los salmos bíblicos: "Aquellos festivos del espíritu duran aquí vivientes y diamantinos. La Musa los bañó con rocío de juventud. Esta Iglesia Mayor sigue--aún y siempre--iluminada y canora. Las puertas están abiertas, pero más el corazón".

Quizá 1686, año en que se festejó la Asunción de la Virgen con palabras de Sor Juana, haya sido uno de los de mayor esplendor del templo. Pero sus principios fueron muy modestos. El padre jesuita Mariano Cuevas dice en su ya clásica Historia de la Iglesia en México: "Un portal, probablemente de madera, hecho por aquellos tan mentados 'carpinteros de lo blanco' que trajo Hernán Cortés, fue el primer albergue de Jesucristo en nuestra patria, recuerdo que nos lleva al pobre portal de Belén...Muy poca cosa pudieron ser y probablemente no pasaron de jacalones cubiertos de paja lo que construyeron los franciscanos en el primer tercio del siglo XVI...hasta la llegada en 1528 de fray Juan de Alameda, compañero e íntimo amigo de fray Juan de Zumárraga. Este hombre casi desconocido fue el primero en dar un paso serio en el campo de la arquitectura eclesiástica..."

Durante los años en que Zumárraga fue obispo y después arzobispo de México, no hubo templo catedralicio comparable a los españoles. En 1554 en un precioso diálogo en latín, entre tres amigos que paseaban por la ciudad, ya capital de Nueva España, el profesor de la recién fundada Real y Pontificia Universidad hizo mención a esa carencia: "Dice Alfaro: --¿Qué iglesia es esa que se ve en medio de la plaza? Contesta Zamora: --Es la Catedral, dedicada a la Virgen María. A.--¿Qué es lo que dices?, ¿Allí es donde el arzobispo y el cabildo celebran los divinos oficios, con asistencia del virrey, de la audiencia y de todo el vecindario? Zuazo: --Ciertamente, y no hay donde se tribute mayor culto

a Dios. A.- Da lástima que una ciudad a cuya fama no sé si llega la de alguna otra y con vecindario tan rico, se haya levantado en el lugar más público un templo tan pequeño, humilde y pobremente adornado, mientras en España no hay cosa que a Toledo ilustre tanto como su rica y hermosa catedral. Sevilla, ciudad opulentísima, es ennoblecida por su excelso y aun mucho más rico templo...hasta las iglesias de los pueblos siempre son lo más digno de ver que hay en cada lugar. Zamora:--Por ser muy cortas sus rentas, no ha podido edificarse un templo correspondiente a la grandeza de la ciudad..."

3.- Una edificación que requirió paciencia.

Fue el segundo arzobispo, don Alonso de Montúfar el que se empeñó en que la capital virreinal tuviera una catedral digna. En 1562 se empezó su cimentación y se trabajó superando no pocas dificultades sobre todo a causa de la inestabilidad del suelo bajo el cuidado del "Maestro Mayor" Claudio de Arciniega hasta su muerte en 1593. En 1600 todavía no se había avanzado mucho. El plan de Arciniega se siguió con lentitud impresionante: se fueron ocupando los espacios por partes, el Santísimo Sacramento tuvo varios lugares para su depósito así como los canónigos para el rezo de las horas; los caminos de las procesiones fueron variados. Llegó el día deseado apenas el jueves 22 de diciembre de 1667. Dice el Diario de Sucesos Notables: "Habiéndose acabado todas las bóvedas y desembarazándose, se abrió esta santa Iglesia Catedral con muy solemne fiesta...hubo cohetes; muchas cabalgaduras y muy lucidos altares en la procesión...cantó la Misa el Doctor Don Juan Poblete, deán [decano]; predicó el Dr. D. Isidro de Sariñana, cura de la parroquia de la Santa Veracruz, y a la tarde se hizo la procesión en que fue la imagen de la Asunción de Nuestra Señora...y se remató en la dicha iglesia con salve que se cantó con grandísima solemnidad; asistió a todo el Virrey, Audiencia, tribunales, religiones y gran concurso de gente".

Una observación interesante que vale la pena resaltar, hizo el padre Cuevas basándose en una cédula real y un informe del arzobispo Vizarrón y Eguiarreta de 1742: "Desde el año 1552 en que se empezó la Catedral, sólo los indios contribuyeron a ella con la cantidad de medio real por cabeza...Es decir, que ni el rey contribuyó con la tercera parte que él mismo se había fijado ni con su correspondiente tercera parte los encomenderos, es decir, los peninsulares y los criollos. Los indios contribuyeron con su medio real hasta 1743, y eso, aun cuando las obras se habían paralizado desde 1695".

4.- Catedral de todos y para todos.

Este dato nos hace pensar y agradecer que la catedral primada es y ha sido tesoro propio de un pueblo generoso y noble. Al recorrer sus naves, al contemplar y sentirnos pequeños frente al espléndido altar de los Reyes o los enormes lienzos de Villalpando y de Correa de la sacristía, al mirar las rejas del coro con madera venida de Filipinas, al escuchar sus órganos--el español y el mexicano-, al detenernos en la capilla de San Felipe de Jesús que tiene la urna de don Agustín de Iturbide, el libertador, o al participar en sus solemnidades y mirar con los ojos del alma memoriosa a la Virgen que se eleva al cielo entre vítores de ángeles y manos alzadas de hombres de todos los pueblos y tiempos, nos parece oír y gozar estas líneas de Sor Juana escritas para la Asunción de 1685:

"Fue la Asunción de María

de tan general contento

que uno con otro elemento

la festejan a porfía.

Y haciendo dulce armonía,

el Agua a la Tierra enlaza,

el Aire a la Mar abraza,

y el Fuego circunda al Viento.

¡Ay qué contento,

que sube al Cielo María!

¡Ay qué alegría, ay qué contento, ay qué alegría!"